
CIENCIAS, ARTES Y LETRAS

DURANTE

LA DOMINACION ESPAÑOLA

SEÑOR MINISTRO:

SEÑORITA DIRECTORA:

SEÑORES: COMPAÑERAS:

La ciencia cual faro luminoso tiende sus vívidos fulgores á esta bendita tierra del Anáhuac; sus heroicos hijos, á pesar de estar oprimidos bajo el odioso yugo de la Conquista, buscan con ansia los medios de hourar á su patria y ser útiles á las generaciones venideras.

En el cielo purísimo de México brillan con argentados fulgores, esas cintilantes estrellas de primera magnitud que con el nombre de genios, han conquistado los lauros de la gloria y del saber. Entre ellos figuran los que con tanto ardor se han dedicado al hermoso y difícil estudio de la Literatura.

¿Quién no siente admiración cuando lee ó escucha con febril anhelo, esos maravillosos y armoniosos cantos que hacen vibrar las fibras más íntimas del corazón?

El poeta con su inspiración tiene más facilidad que el artista con su pincel, para representar esos majestuosos y sublimes cuadros que la naturaleza nos presenta en todo su esplendor.

¿Quién no se extasía al contemplar en un cielo límpido y sereno á la reina melancólica de la noche que con su séquito de estrellas cruza el firmamento esparciendo sus débiles reflejos sobre nuestro planeta? Ese silencio, ese misterio de que se rodea la noche, parece transportarnos á regiones infinitas: y ¿quién ha creado esas maravillas? ¿no es el Sér Infinito, incomprendible, que con sabia y pródiga mano dirige el Universo?

Esos genios azotados por las rugientes olas de las tempestades de la crítica, atraviesan el anchuroso mar de la vida, encallando en los arrecifes de la Conquista, cuando creen llegar á la playa salvadora de la bendita y ansiada libertad!

Levantad la vista hacia el firmamento y veréis que cada punto luminoso es una estrella que gira y se mueve obedeciendo á leyes inmutables; pues tended la mirada á vuestro derredor, y veréis esa variedad de seres que nos presenta la naturaleza.

El vasto campo de la ciencia ha inmortalizado los nombres de muchos de esos genios que han dejado un recuerdo imperecedero en el corazón de cada mexicano; y si no, registrad la historia y en sus brillantes páginas encontraréis sus nombres que grabados con caracteres indelebles, nos recuerdan los hechos gloriosos de nuestros antepasados.

Voy á detenerme, aunque brevemente, en bosquejar la biografía de los que durante el periodo colonial se distinguieron como grandes artistas en el arte encantador de la pintura, en la poesía, en la arquitectura y en otros diversos ramos de la ciencia.

Desde mediados del siglo XVI se fundó lo que en la pintura se llama Escuela Mexicana, brillando en ese ramo de las Bellas Artes en primera línea, Rodrigo de Cifuentes, Baltazar de Echave y Alonso Vázquez.

Uno de nuestros más renombrados escritores dice: que «el primer maestro de pintura que llegó á México, fué Rodrigo de Cifuentes nacido en Córdoba, (España) en el año de 1493, en 1503 fué discípulo de Bartolomé de Meza y llegó á Vera-

cruz dos años después de la Conquista de México. Acompañó á Cortés en su viaje á Honduras, y retrató en 1538 al Conquistador y á Doña Marina; después á Fray Martín de Valencia, á Don Antonio de Mendoza, primer Virrey de México, y á Nuño de Guzmán. Pintó también algunos cuadros para los franciscanos de Tehuantepec, pero ninguna como la que se dice ser su obra maestra, que fué la representación del bautismo de Maxicatzin.»

Antes de terminar el siglo XVI, había llegado á México el pintor Alonso Vázquez cuyas obras aparecen ya ejecutadas á principios del Siglo XVII.

Baltazar de Echave, llamado el viejo para distinguirlo de su hijo, que llevó el mismo nombre, se cree haya pintado algunos cuadros antes de comenzar el siglo XVII, porque en el año de 1609 aparecen en la iglesia de Santiago Tlaltelolco pinturas de Baltazar de Echave, á quien ya desde entonces se calificaba de famoso. Así puede decirse que al romper la aurora del siglo XVII, del año 1600 en adelante, comenzó á formarse en México la verdadera escuela de pintura.

En tiempos posteriores, es decir, en el siglo XVIII, brillaron Cabrera, Juárez y Vallejo.

De Cabrera se sabe únicamente que fué mexicano, mas se ignora el lugar y fecha de su nacimiento. Un escritor francés dice, que debe reputarse á Cabrera como un gran artista, el primero del siglo XVIII.

No puedo prescindir de dar á conocer uno de los muchos juicios que se han hecho acerca de este gran artista. Dice el Conde de Beltrami, distinguido viajero italiano: «Algunas pinturas de Cabrera se llamaron Maravillas Americanas, y todas fueron de un mérito relevante. La vida de Santo Domingo pintada por él en el claustro del convento de este nombre, la de San Francisco y la historia del corazón del hombre degradado por el pecado mortal y regenerado por la religión y la virtud, en el claustro de la Profesa, ofrecen dos galerías que en nada ceden al claustro de Santa María la Nueva de Florencia y al Campo Santo de Pisa.»

Me aventuro tal vez demasiado, sigue diciendo el mismo viajero, al decir que Cabrera en sólo estos dos claustros, vale lo que todos los artistas juntos que han pintado las dos galerías italianas. Cabrera tiene lo animado del Dominiquino y lo patético de Murillo.»

De la mayor parte de estos artistas se conservan cuadros en la Academia de San Carlos, fundada en 1781 por el virrey D. Martín Mayorga.

En el siglo XVI florecieron como poetas Fernando González Eslava que escribió coloquios espirituales y canciones, Bernardo de Balbuena que escribió los poemas «Grandeza Mexicana», «Bernardo del Carpio» y otras obras de valía que lo hicieron notable. Antonio Saavedra Guzmán también poemas; uno de ellos titulado «El Peregrino Indiano» que trata de la Conquista de México por Hernán Cortés, está formado de veinte cantos, principia con la salida de Cortés de la Isla de Cuba y termina con la prisión de Cuauhtemoc. Don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza, llamado el príncipe de la literatura dramática, y la insigne poetisa mexicana Sor Juana Inés de la Cruz, fueron en el siglo XVIII las figuras prominentes de la literatura, alcanzando la justa fama á que se hicieron acreedores por sus notables composiciones literarias.

Mucho tiempo hace que vivió Don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza, y lejos de eclipsarse su gloria, su recuerdo palpita aún en el corazón de propios y extraños, que le tributan los homenajes que sólo conquistan el saber y la elocuencia.

Su vida, á la que debió su celebridad, estuvo, como la de la mayor parte de los grandes hombres, plagada de sufrimientos y amargas que contribuyeron á deformar su cuerpo notablemente, siendo el blanco de las burlas, sátiras y menosprecio de sus enemigos, á pesar de estar su espíritu iluminado con la refulgente luz del saber.

Dejó una infinidad de obras que sirven de honra á México, pues dejan á su paso esa huella luminosa, que recuerdan al genio que supo hacerse distinguir por su talento, elocuencia é instrucción.

La inspirada poetisa Sor Juana Inés de la Cruz, que mereció en su siglo el sobrenombre de la «Décima Musa,» nació en el pueblo de San Miguel Nepantla el día 12 de Noviembre de 1651.

Fueron sus padres Don Pedro Manuel de Azbaje y Doña Isabel Ramírez de Cantillana, los que ocupaban una posición social bien distinguida, debida á los bienes de fortuna que poseían.

Muy niña era aún, cuando comenzó á dar pruebas asombrosas de su talento, y era tal su afición al estudio, que propuso varias veces á sus padres que le permitieran usar el traje de hombre, para lograr adquirir en México la instrucción que ambicionaba.

Cuando contaba apenas 8 ó 9 años, fué traída de su pueblo á México y un bachiller le dió unas cuantas lecciones de latín, y era tal su anhelo por instruirse, que vencía cualquier obstáculo por difícil que se le presentase.

Se extendió de tal manera su fama, que existiendo en México un remedo de la corte galante de Felipe IV, fué honrada con el nombramiento de dama de honor de la virreina, que lo era en esa época Doña Leonor Carreto, esposa de Don Antonio Sebastián de Toledo, marqués de Mancera. Inútil es decir que fué desde luego objeto de las más lisonjeras alabanzas por parte de los cortesanos del reino, pues adunaba á su singular belleza, una inteligencia privilegiada.

Como hojas agregadas al laurel de su gloria, baste decir, que queriendo el virrey probar el grado de saber de la joven, hizo que los hombres más doctos la examinasen en las materias más difíciles, dejando á todos maravillados de la prontitud y sabiduría de sus respuestas.

Alguno de esos muchos desengaños de que está sembrada la vida, ó alguna otra causa que hasta hoy permanece ignorada, influyó en el ánimo de la inmortal Sor Juana, á buscar el reposo en el silencio del claustro; lo cierto es, que entró al convento de San José, donde el ayuno y la penitencia quebrantaron de tal modo su salud, que por consejo médico pa-

só al convento de monjas de San Gerónimo, donde recibió la toca y el velo.

Sin apartarse en lo más mínimo de sus deberes religiosos, se dedicaba con agrado á la poesía y al estudio de las ciencias profanas y sagradas; mantenía correspondencia con los hombres más distinguidos de su época. Progresaba así de día en día en la carrera literaria que con tanta lucidez había comenzado, cuando recibió una carta del Sr. Fernández de Santa Cruz, Obispo de Puebla, en la que la exortaba se entregase con más asiduidad á las prácticas religiosas y se privara de los estudios literarios. Esta carta influyó de tal manera en su ánimo, que abandonó sus libros vendiéndolos al poco tiempo para distribuir su valor entre los pobres.

Jamás me atrevería á censurar la conducta de este prelado; pero en mi humilde concepto, creo que lejos de vanas preocupaciones, hubiera dejado que esa fecunda inteligencia llegara á la más alta cima de la ilustración.

El 17 de Abril de 1695 sucumbió, víctima de la terrible epidemia que asoló al país, aquella heroica joven, que supo combatir con energía las pasiones que brotaban de su corazón ardiente.

Como poeta, historiador, filósofo y matemático, figura Don Carlos de Sigüenza y Góngora, que nació el año de 1645 cuando gobernaba á la Nueva España Don García Sarmiento de Sotomayor, Conde de Salvatierra. Se dedicó con tanto ardor al estudio, que cuando tenía apenas 18 años, llamaba la atención de cuantos lo conocían. Comprendiendo la célebre Compañía de Jesus que con él haría una adquisición riquísima, fué solicitado por ella, tomando la sotana de jesuita el 17 de Octubre de 1660, y el 15 de Agosto de 1662 hizo sus primeros votos en el colegio de Tepotzotlán. Este nuevo método de vida contribuyó á su perfeccionamiento en las matemáticas, física y astronomía y al desarrollo de sus dotes poéticas.

Abandonó después la Compañía de Jesus y fué á ocultarse al hospital del «Amor de Dios» donde desempeñó el empleo de Capellán.

En el año de 1693, el virrey Don Gaspar de Sandoval, Conde de Galve, le destinó que acompañase á la expedición científica que tenía por objeto el reconocimiento del Seno Mexicano.

Al volver de su expedición, publicó un tomo que tenía por título «Descripción de la bahía de Santa María de Galve, de la Mobila y el río de la Palizada ó Misisipi en la costa septentrional del Seno Mexicano.

Muchas obras se imprimieron de él en distintos años, y todavía dejó algunos manuscritos que patentizan su vasta inteligencia y su vocación para el estudio.

Trataba con intimidad á la ilustre poetisa Sor Juana Inés de la Cruz, á la que dedicó un elogio fúnebre con motivo de su sentida muerte.

A los 55 años murió, cuando se encontraba por segunda vez en el seno de la Compañía de Jesus, en medio de la pobreza, llorado de los desvalidos á quienes con mano pródiga socorría.

Los padres jesuitas le hicieron unos regios funerales.

Veracruz, que ha sido cuna de muchos hombres ilustres, lo fué también del esclarecido mexicano Don Francisco Javier Alegre, á quien se deben muchos de los datos históricos de nuestro país.

Muchas obras dejó el padre Alegre, pero la que le dió más popularidad fué la «Historia de la Compañía de Jesus en Nueva España.» Fué uno de los jesuitas expatriados por el gobierno virreinal.

Murió en Bolonia, víctima de apoplejía, á los 59 años de edad.

Debe mencionarse aquí al afamado escritor Don Joaquín Fernández de Lizardi, conocido con el nombre de «El Pensador Mexicano.» Nació en la ciudad de México en el año de 1771, y obligado por la pobreza de sus padres, tuvo que radicarse en Tepotzotlán, en cuyo pueblo logró aprender las primeras letras; pero cuando volvió á la capital, estudió latinidad y filosofía. Tenía 16 años cuando se graduó de bachiller.

Comenzó á publicar en el año de 1812 «El Pensador Mexicano,» y á consecuencias de combatir una orden del Virrey Venegas en uno de sus primeros artículos, fué reducido á prisión donde duró siete meses. Ocupa un lugar prominente entre los literatos más distinguidos, como poeta, escritor y novelista, pues es autor de varias obras de mérito, entre las que figura la renombrada novela de «El Periquillo Sarniento,» que le atrajo tantas persecuciones y disgustos.

Al fin, pobre y casi en la miseria, bajó á la tumba en Junio de 1817, después de haber conquistado las simpatías de todo un pueblo que le admira!

No menos notable que el anterior es el poeta Fray Manuel Martínez de Navarrete, nacido en Zamora el 18 de Junio de 1768. Hizo allí sus primeros estudios así como los de latinidad. Incidentes tristes habidos en su familia, le obligaron á venir á la capital donde se distinguió por su honradez en el comercio.

Este trabajo no era propio en verdad para quien aspiraba á ideas nobles y sublimes; y como en esa época, fuera de la Iglesia no era dado á los mexicanos hacerse notables, tomó el hábito de San Francisco en el convento de San Pedro y San Pablo de Querétaro, á los 19 años de edad.

Se dedicó, después de concluir el noviciado, al estudio de latinidad que ya había comenzado con tan buen éxito en Zamora, y emprendió el de filosofía.

Fué cura de San Antonio de Tula, y las horas que le dejaban libres las obligaciones de su ministerio, las consagraba con notable aplicación al estudio y cultivo de la poesía.

Era sumamente modesto, pues en sus escritos se firmaba siempre con el nombre de Anfriso. En el «Diario de México» aparecieron sus primeras composiciones, las que fueron dignamente aplaudidas.

El 17 de Julio de 1809 dejó la escena de la vida el célebre poeta, siendo guardián del convento de Tlalpujahuá.

Derramando efluvios luminosos, aunque separados en la historia de las ciencias, aparecen los señores Joaquín Velázquez

de León, José Antonio Alzate, Antonio León y Gama, y José Ignacio Bartolache, que consagraron su vida al estudio de los diversos ramos de la ciencia que los hicieron notables.

Uno de los astrónomos más ilustres que ha tenido México, es sin duda Don Joaquín Velázquez de León, que nació el 21 de Julio de 1752 en la Hacienda de Santiago Acevedocha.

Tuvo la desgracia de perder á su padre siendo muy pequeño, por lo que debió su educación á un tío suyo que era cura de Xaltocan, el cual le dió por maestro á un indio que gozaba de gran fama por su talento. Este indio le enseñó con bastante perfección varios de los idiomas indígenas, así como la escritura jeroglífica.

Vino á México al Seminario Tridentino donde no halló ni profesores, ni libros, ni instrumentos, pero él, no obstante de tropezar con tan escasos recursos, perfeccionó sus conocimientos matemáticos y filológicos. Tuvo la felicidad de que llegaran á sus manos las obras de Newton y Bacon, que desarrollaron más su gusto por la astronomía. Como estaba tan pobre, no podía proporcionarse los instrumentos que necesitaba para sus observaciones; se dedicó, en unión de un amigo suyo, á construir anteojos y cuadrantes.

Ejercía la profesión de abogado y las utilidades de su trabajo las empleaba en comprar instrumentos en Inglaterra.

Acompañó al visitador Gálvez á Sonora, y habiendo sido enviado á California en comisión, se aprovechó de aquel hermosísimo cielo para sus observaciones astronómicas.

Al llegar á California el abate Chappe, encontró allí á nuestro ilustre astrónomo que se había hecho construir en Santa Ana un observatorio.

Anunció al abate Chappe que el eclipse de luna del 18 de Junio de 1769 sería visible en California, no habiéndolo creído éste, hasta no ver verificado el fenómeno.

Había hecho sin ayuda de nadie una observación muy buena del paso de Venus por el disco del Sol, y habiendo comunicado el resultado al abate, este según dice el Barón de Humbolt, quedó sorprendido de ver la semejanza que había entre las

dos observaciones. Con motivo de la determinación de la longitud y latitud de México, hizo un laborioso trabajo geodésico. Varios mapas de la Nueva España se deben á él así como la cadena de triangulaciones desde el Peñón en el Valle de México, hasta la montaña Sincoque, al Norte de Huehuetoca.

Uno de los mayores servicios que prestó á su patria fué la fundación de la Escuela y Tribunal de Minas, de la que fué el primer Director General. Desempeñaba este alto empleo cuando murió el 6 de Marzo de 1786, siendo su muerte una gran pérdida para los hombres de ciencia. Según la opinión del Barón de Humbolt, el geómetra más notable después de D. Carlos Sigüenza y Góngora, fué el Señor Velázquez de León.

Don José Antonio Alzate también se hizo notable como astrónomo: nació en Ozumba en el año de 1729.

Ocupó la mayor parte de su vida en observaciones meteorológicas y en experimentos sobre la electricidad, aun con riesgo muchas veces de su vida.

Muy interesantes observaciones hizo sobre la aurora boreal que apareció en 1789.

Se consagró también al estudio de los animales y de las plantas, no adoptando para este último ningún sistema botánico, lo que presenta una gran dificultad para saber á qué plantas hace mención en sus obras.

La Academia de Paris hizo traducir y publicar sus escritos, después de haberlo nombrado socio corresponsal.

Desempeñó con honra las comisiones científicas que varias veces le confiaron las autoridades. Murió el día 2 de febrero de 1790.

Los señores José Ignacio Bartolache y Antonio León y Gamma son dignos también de mención, pues ambos lucharon con una constancia abnegada en las adversidades de la vida, para contribuir al progreso de la humanidad, de quién son distinguidos colaboradores.

Como estrella radiante en la arquitectura figura Don Francisco Eduardo Tres Guerras, cuya inteligencia se revela en el elegante y sólido templo del Carmen en Celaya, obra que se-

rá el pedestal de su fama y que servirá para perpetuar su memoria. Nació en Celaya el 13 de Mayo de 1745, y cuando la terrible epidemia del cólera morbo asoló al país, hizo su víctima al ilustre arquitecto el día 3 de Agosto de 1833.

A tal grado llegó la cultura de nuestro país en aquella época, que cuando en 1802 vino á la Nueva España el Barón Alejandro de Humbolt, dijo que el estado de civilización de este país era «muy superior» al que se observaba en las demás posesiones españolas.

El señor García Cubas reasume así los progresos de la arquitectura en el periodo colonial.

La Conquista cambió en México el arte de las construcciones, dándoles un caracter peculiar, mezcla del gusto morisco y el azteca, en tanto que los templos pertenecen al Renacimiento. Nacido éste en el siglo XV, hizo abandonar la arquitectura ojival para volver á los ordenes clásicos. Por eso hay en ellos raros vestigios del estilo gótico, y domina en cambio el orden dórico, frecuentemente combinado con el dórico y el compuesto, como se observa en las catedrales de México y Puebla.

El más curioso y muy bello tipo arquitectónico de la época colonial es el Churrigueresco. La «Casa de los Mascarones» en San Cosme, el retablo de los Reyes en la Catedral de México, la Catedral de Zacatecas, el Carmen de San Luis Potosí, San Francisco de Puebla, el Sagrario y la Santísima de México son los más bellos ejemplares de ese tipo.

Los jesuitas dieron á sus construcciones el sello de severidad y grandeza que las distingue: Templos como la Profesa y la Compañía de Puebla, los de la Compañía también en Guadalajara, Guanajuato y Mérida y los Seminarios de Guadalajara y Pátzcuaro.

Los teatros antiguos de todo el país carecen de gusto artístico, y solamente son notables por su solidez. Es muy últimamente á fines del siglo pasado cuando se han construído en Guanajuato y San Luis, teatros elegantes y de mérito. El de «El Renacimiento» de México, deja mucho que desear. En

Veracruz está á punto de concluirse un pequeño teatro que por su mérito artístico va á ser el primero de la República.

Los acueductos de la época Colonial son sencillamente magníficos, como levantados por los españoles que tenían aún fresco en la memoria el apasionado sistema hidrológico de los árabes. El de Zempoala, en la barranca del Papalote, está formado de 68 arcos y tienen una extensión de un kilómetro.

Los arcos son de medio punto y dovelas, de piedra el más alto, á cuyo pié pasa un arroyo. Tiene 38 metros de elevación y presenta un aspecto de majestad que asombra. Fray Francisco Tembleque, franciscano, fué el autor de esta obra colosal.

El acueducto de Querétaro debido á la munificencia de Don Juan Antonio Urrutia, Marqués del Villar, es otra maravilla de estilo romano. Tiene 74 arcos de 29 metros de altura, y es de bloques de piedra cuadrangulares.

No es inferior el acueducto de Morelia, debido al Illmo. Señor Don Fray Antonio de San Miguel. Tiene 253 arcos de nueve metros de altura.

La ciudad de México se surtía por dos acueductos. El uno traía el agua de los manantiales de Chapultepec, por la calzada de Belén hasta el Salto del Agua. Se conserva aún como un monumento en esta plazuela, la primorosa fuente con que terminaba el acueducto. Fué terminado en tiempo del Virrey Don Antonio María de Bucareli; tenía 904 arcos y su extensión era de 4 kilómetros. Más tarde fué destruído, sustituyéndolo por tubería de hierro.

El otro venía de los manantiales de Santa Fe y los Leones, y arrancaba la arquería al Oeste de Chapultepec. Lo construyó y terminó provisionalmente el Virrey Don Juan de Mendoza y Luna, Marqués de Montes Claros, y se concluyó definitivamente en tiempo del Marqués de Guadalcázar. También fué destruído hace pocos años y sustituido por tubería de hierro. Tenía 900 arcos.

La fuente de la Tlaxpana, célebre y bellissimo ejemplar del

estilo churrigueresco, fué destruída al mismo tiempo con gran pérdida para la ciudad y para los que aman los monumentos artísticos.

Ya en los últimos años de la dominación española, dice el mismo Señor García Cubas, la arquitectura adquirió un carácter más puro y grandioso con las obras de Don Francisco Eduardo Tresguerras, que levantó el templo del Carmen en Celaya; en Antonio Velázquez, que elevó la bellissima cúpula de la Capilla del Señor de Santa Teresa en México, y las obras de Don Manuel Tolsa, que edificó el soberbio palacio de Minería, el templo dórico de Loreto, otros edificios de noble apariencia y la Cúpula de la Catedral, que es admirable en su conjunto y detalles, la cual fué decorada por el notable pintor mexicano Juan Saluz y el pintor español Rafael Jimeno.

El señor Pimentel resume en los escritores siguientes la literatura mexicana del siglo XVIII: El padre Abad, gran latinista; Ruiz de León, poeta; Sartorio, prosista; Navarrete, poeta lírico de primer orden, y Gorostiza, poeta dramático. A estos dos últimos se debe en México la restauración del gusto clásico, destruído entonces por el gongorismo, como hoy lo está por el decadentismo.

Aunque imperfecto, este pequeño como humilde trabajo mío, servirá para recordaros á los grandes hombres que en su paso por la tierra han perfumado el ambiente de nuestro suelo.

Bendigamos y consagremos un recuerdo á esos genios ilustres que han dado á nuestra adorada patria, PAZ, GLORIA, PROGRESO y LIBERTAD!

México, 1º de Junio de 1901.

MARÍA RIVERA.